

Semiramide: un «coloquio con fuentes oscuras»

Al principio fue sólo el nombre escueto de una reina –Sammu-ramat– apenas legible en el cuneiforme neoasirio del siglo IX antes de Cristo. Al final, y de momento, una ópera de Rossini en dos actos: *Semiramide*. Entre medio, unos dos mil seiscientos años de historias. Mejor dicho: de leyendas. De mito.

Por el camino, las volutas rizadas de un incienso que respiró ya Heródoto en sus *Historiai*; aireó Ktesías de Knidos en *Tà Persiká*; dramatizaron Metastasio y Voltaire con sus respectivas *Semiramide riconosciuta* y *Sémiramis*, y tentó, según parece, a Mozart en la pieza identificada en el catálogo de Ludwig von Köchel como KV315E (Anh. 11), por no citar a los testigos más ruidosos. Porque otros también creyeron saber algo de esta mujer: el babilonio Beroso, el griego Estrabón o el latino Plinio, para quienes Semíramis fue la constructora más famosa de Asia, ya por haber levantado las murallas de Babilonia o por haber proyectado –según algunos– sus Jardines Colgantes. Y la multitud incontable de pintores, montadores, adaptadores y poetas que soñaron con esta mujer desde el Renacimiento hasta hoy.

Todo, o casi todo, en vano, porque en todos los casos se trata de coloquios –para decirlo con Paul Celan– «con las fuentes oscuras» (*avec les sources obscures*). Y no sólo desde el punto de vista epistemológico (histórico o historiográfico). Es que la Historia, en el fondo, es más arte que ciencia, más poesía que razón: creación solamente posible como acceso al «orden nocturno» del ser.

Tratar de captar históricamente lo que podríamos llamar «el dato Semíramis» es trabajar con humo. Para empezar, el nombre de su aparente prototipo neoasirio –*Sammu-rāmat* o *Sammu-ramāt*– es en sí un enigma: nadie sabe con seguridad qué significa (¿«la divina Sammu es la excelsa», o «la divina Sammu es la amada»?) ni de qué ámbito lingüístico procedía: ¿Siria, Mesopotamia?). Las inscripciones cuneiformes (estelas y mojones) mencionan en un par de ocasiones con este nombre, sonase como sonase, a una esposa (MÍ-É.GAL «señora regia») del monarca asirio Shamsi-Adad V, madre de su sucesor Adad-nerari III y nuera (MÍ *kal-lat*) de Salmanasar IV.

Ningún texto asirio alude, ni de paso, al supuesto poder omnímodo de esta reina o a su actividad edilicia. Estamos a caballo entre los siglos IX y VIII antes de Cristo, y las fuentes autóctonas se callan durante cinco siglos como si la tierra se la hubiese tragado. Sin embargo, puede que su memoria siguiese viva en la tradición babilónica, puesto que un texto relativamente tardío (del siglo II antes de Cristo) menciona a una griega, una tal Krate, que se llamaba además, en babilonio, *Shamê-ramât*. No sonaba exactamente como la

Ningún texto asirio alude, ni de paso, al supuesto poder omnímodo de esta reina o a su actividad edilicia. Sin embargo, puede que su memoria siguiese viva en la tradición babilónica

vieja '*Sammu'-ramat* –y la diferencia es lingüísticamente importante–, pero casi. Ignoramos si, aparte del nombre, esta señora se veía a sí misma en la tradición de la vieja reina asiria, fallecida siete siglos antes y silenciada desde entonces. Sea lo que fuere ('*Sammu'-ramat* o '*Shamê'-ramat*), parece que algo se movía, impreciso, en los fondos oscuros de la conciencia cultural babilónica, y que, en esa marisma indefinible, los griegos cortaron los mimbres para fabricar su «Semíramis» (*Semýramis*, *Semíramis*).

Heródoto de Halicarnaso y Ktesias de Knidos, a los que se aludió más arriba, son los primeros mito-poetas conocidos de Semíramis. El primero (originario de la costa egea de la actual Turquía, siglo V antes de Cristo) la cita brevemente una vez en sus *Historiai* (Libro I, 184):

En Babilonia [...] reinaron también dos mujeres. La primera reina, que reinó cinco generaciones antes que la más reciente y se llamaba Semíramis, construyó afuera, en la llanura, admirables diques. Antes, la corriente solía inundar toda la llanura.

Se evidencia ya aquí una tendencia, silenciada en las fuentes cuneiformes, pero que irá intensificándose con el tiempo, a relacionar a Semíramis con actividades constructoras. En otro contexto, las *Historiai* (Libro III, 155) mencionan la «así llamada Puerta de Semíramis» (*tàs Semirámios kaleoménas pýllas*) de Babilonia.

Ktesias de Knidos (Caria, actual Turquía, a caballo de los siglos V / IV antes de Cristo) vivió y ejerció la medicina en Persia bajo Artajerjes II, y fue autor de una Historia de Persia (*Tà Persiká*) en veintitrés volúmenes. Su actividad como historiador fue muy discutida ya en la Antigüedad; algunos lo acusaron de abusar de recursos dramáticos, de perderse en digresiones y de disfrutar con lo milagroso y exótico, y lo llamaron *poiētēs*. Sus preferencias por el sensacionalismo y lo novelesco son evidentes, y por ello no dudó en incorporar en su Historia elementos de ficción muy del gusto del primer Helenismo.

Si los historiadores griegos serios, como Heródoto y Jenofonte, no son siempre de fiar, mucho menos Ktesias, aunque pretendiese imitarlos. Añádase a todo ello que su obra nos ha llegado fragmentada, y a través de testimonios y citas de otros autores. En todo caso, fue precisamente él quien nos contó con más detalle la vida de Semíramis.

Fue –dice Ktesias– hija de Derketo, la diosa-pep siria. La abandonaron recién nacida y las palomas la alimentaron hasta que la recogió el pastor que la crió. Onnes, un gobernador y luego general, se enamoró de ella y la tomó por esposa. El rey asirio Ninos, durante una campaña militar, consigue conquistar una ciudad (Baktra) siguiendo los consejos de la joven esposa de su estratega; obviamente, el rey se enamora de ella, la obliga a divorciarse de Onnes, se casa con ella y tienen un hijo. El pseudohistoriador Ktesias está en su elemento y nos va a contar la «Novela de Ninos y Semíramis».

El rey muere, y Semíramis es ya la reina y señora de Asiria, de todo y de todos. Una auténtica fiebre por edificar, ampliar y restaurar parece apoderarse de ella. Funda la

Una auténtica fiebre por edificar, ampliar y restaurar parece apoderarse de ella. Funda la ciudad de Babilonia, levanta un palacio en Ekbatana, manda esculpir bajorrelieves, proyecta y construye jardines, canales, carreteras.

Desenterramiento de la Puerta de Ishtar de Babilonia por el equipo dirigido por Robert Koldewey y Walter Andrae (1902-1914)



La fachada reconstruida del Salón del Trono de Nabucodonosor



ciudad de Babilonia, levanta un palacio en Ekbatana, manda esculpir bajorrelieves, proyecta y construye jardines, canales, carreteras. Mientras, abundan las aventuras sexuales y amorios, salpicados del asesinato de sus amantes: Dante se ocupó de su lujuria en el Canto V del *Inferno*. En su tiempo libre, Semíramis emprende campañas militares y se apodera de Egipto, Libia y Etiopía: Calderón de la Barca se ocupará de su ambición en *La hija del aire*. Pero la violenta reina tiene que detenerse en las fronteras de la India: Semíramis abdica entonces en su hijo Ninyas. Tras su defunción, el reino entra en decadencia hasta el último rey, Sardanápalo.

El desenfreno narrativo de Ktesías no dejó de provocar cierta desazón incluso en un ambiente –el Helenismo– proclive a las fantasías, al novelar y al cuento. La Mesopotamia (Babilonia) seléucida de los siglos IV-I antes de Cristo constituía un

mosaico en el que convivían más o menos pacíficamente lo griego con lo oriental, y lo de «griego» y «oriental» no se refiere a dos bloques, sino a sendos conjuntos multiculturales (por no decir multiétnicos): macedonios, jonios, egeos, anatólicos, fenicios, sirios, arameos, asirios, babilonios, partos, persas, bactrios, árabes. No es de extrañar, por lo

Se puso en marcha una corriente mito-poética que fue cincelandando la figura de una reina cada vez más poderosa, más fogosa, más emprendedora, más guerrera, hasta desembocar, provisionalmente, en la *Semiramide* rossiniana

Seléuco I Nicátor,
primer rey de la dinastía
seléucida en Babilonia.



tanto, que alguien con mayor conocimiento de causa saltase a contrarrestar los excesos simplificadores y helenizantes de Ktesías. Por ejemplo, un greco-babilonio como Beroso, que se movía cómodamente tanto en los ambientes seleúcidas como en los sacerdotales autóctonos, y que frecuentaba los *scriptoria* y bibliotecas de tradición cuneiforme. No, contraataca Beroso: Babilonia no la fundó la asiria Semíramis; son todo cosas de los «historiadores griegos». Lo sabría él. Y el que la reina hubiese construido los Jardines Colgantes, el babilonio ni lo menciona.

El relato de Ktesías es, en su conjunto, mera ficción. Como es de suponer, en su redacción se mezclaron vagos recuerdos autóctonos sobre reinas emprendedoras y casquivanas con guiones escritos de carácter novelesco típicamente helenísticos. Ciertos elementos, tales como el abandono de la criatura y su posterior hallazgo, crianza y educación en ambientes regios es un tema conocido en el folclore antiguo y moderno, desde el bíblico José en Egipto hasta el persa Ciro. Y no precisamente garantía de historicidad.

A propósito de historicidad y de mitología: la opinión general relaciona la veracidad de un relato con la cantidad y calidad de las fuentes; a más y mejores fuentes, más historia. Y, por el contrario, suele pensarse que las leyendas y los relatos míticos surgen cuando las fuentes son escasas u oscuras. Vimos que las fuentes autóctonas cuneiformes (babilonias y asirias) son parcas y fragmentarias, y no ayudan a diseñar una biografía coherente de *Sammu-ramat*, *Shamu-ramât* o *Semiramis*. Y que las fuentes griegas de época helenística son o escuetas, como Heródoto, o novelescas, como Ktesías. Y que, a pesar de ello, se puso en marcha una corriente mito-poética que fue cincelandando –generación tras generación– la figura de una reina cada vez más poderosa, más fogosa, más emprendedora, más guerrera, hasta desembocar, provisionalmente, en la *Semiramide* rossiniana. ¿Cómo ha funcionado esa maquinaria, esa maquinación narrativa? La solución habría que buscarla en su transformación en mito.

Mito no es ausencia de verdad, pseudohistoria o defecto de historia. El mito nace y se reproduce cuando la historia rebosa y el pasado –remoto o reciente– es abordado desde la poesía y el arte. Las fuentes oscuras (dijo Celan) rompen los límites del inconsciente y se sitúan en la profundidad.

Don Juan: ¿existió Don Juan? Tirso, Molière, Mozart, Zorrilla: ¿son fuentes que nos permitan reconstruir un Don Juan histórico? Evidentemente, no. Y, sin embargo, Don Juan existe, existió, y probablemente seguirá existiendo mientras numerosos donjuanes exhiban su donjuanismo, y desde Hollywood reboten los ecos del *#MeToo*. Don Juan no es un tipo, sino un prototipo. Todos los mitos funcionan así: se generan en esa multiplicidad y exuberancia del ser que



|| Dragón representado en la Puerta de Ishtar de Babilonia (siglo VI a. C.).

escapa a las minucias de archivistas y se pone en manos de poetas y artistas. Alonso Quijano el Bueno fue uno y múltiple; su obsesión por los libros de caballería lo enloqueció, como terminarían enloqueciendo quienes pegan sus narices día y noche en pantallas y pantallitas (a Don Quijote, el cura le tapió la biblioteca.)

Nada prueba que Semíramis –la Semíramis de Ktesías o Rossini– fuese un personaje histórico, pero eso es lo de menos; Semíramis es mucho más: es un proto-tipo para nosotros, y lo fue ya en la Antigüedad. Todo parece indicar que bajo el comodín «Semíramis» podrían esconderse diversos personajes femeninos, bosquejos de varias reinas que contribuyeron, todas ellas, a generar el mito de la Super-Reina. Nos hallamos, de nuevo, ante un caso más de creación mito-poética por exceso de historia: una serie difícil de calcular de reinas asirias y personajes femeninos babilónicos, sirios o griegos se coagularon en la figura de Semíramis y fueron –todos ellos– Semíramis. Suenan aquí, en especial, los nombres de Naqia, la segunda esposa del rey asirio Senaquerib (siglo VII/VI antes de Cristo), y de Stratonike, mujer de Seléuco I Nicátor (siglo IV/III antes de Cristo), primer rey de dinastía seléucida en Babilonia.

Estas figuras se insertan en la serie de novelas helenísticas que tienen por tema parejas regias. En este ámbito cultural, literario y político –piénsese también en el poema de Calímaco *El Rizo de Berenice* (siglo III antes de Cristo)– conviene situar asimismo las leyendas relativas a Semíramis, arquetipo de mujer, esposa y reina. Todas esas figuras fueron, a su manera, Semíramis. Según Nearco, Alejandro Magno había visto ya en Semíramis un modelo. Los monarcas seléucidas siguieron sus mismos gustos.

En todo caso, el «modelo Semíramis» helenístico es el de una personalidad fuerte, emprendedora, conquistadora, muy lejos del esquema «el chico encuentra a la chica». Especialmente relevante es el papel fundador que los novelistas griegos, y en especial Ktesías, les atribuyen a Semíramis y a su esposo, Nino: en los comienzos de la historia del mundo fueron ellos quienes instauraron el primer imperio oriental. Un mundo de paisajes exóticos y viajes; un escenario apasionado dominado por una mujer fuerte y seductora que levantaba monumentos inmensos y edificaba palacios y templos admirables.

Rossini compuso la banda sonora de un guion sublimemente mítico, tal y como había sido recibido a comienzos del siglo XIX. Cuando en el tenebroso panteón, al final del segundo acto, Oroé le dé la señal a Arsace para que asesine a su rival Assur, y sea Semíramis quien reciba el golpe al interponerse entre el asesino y el amante, la reina y madre muerta –genio y figura– saltará de las tablas a la vida para proseguir su leyenda. Los mitos no mueren: se transforman.



JOAQUÍN SANMARTÍN

Joaquín Sanmartín es catedrático emérito de Filología Semítica de la Universidad de Barcelona y miembro del Instituto de Estudios del Próximo Oriente Antiguo / Universidad de Barcelona. Es el editor y traductor de *Gilgameš, rey de Uruk* (Madrid, Trotta, 3ª ed., 2018).